

## **CLASE 29/10/21:**

### **“Violencia sexual como parte del terrorismo de Estado”**

“Como plantea la Comisión Nacional de la Memoria, el **terrorismo de Estado** es la actividad represiva emprendida por un sector de la fuerza pública, la policía y las Fuerzas Armadas, contra la población y en abierta violación a los Derechos Humanxs y a la Constitución Nacional. En este caso, en la última dictadura cívico-militar las fuerzas de seguridad emprendieron de manera sistemática un plan de torturas, desapariciones, asesinatos, robo de bebés, que obviamente no estaba contemplado en ninguna legislación vigente.

En la **violencia sexual** ejercida durante el **terrorismo de Estado**, la estructura de género reaparece, reafirma el sistema hegemónico masculino y permite que ésta permanezca invisibilizada trascendiendo el propio terrorismo de Estado. Como señala Rita Segato “la violación, como exigencia forzada y naturalizada de un tributo sexual, juega un papel necesario en la reproducción simbólica del poder cuya marca es el género”.

- Visualización de un mapa que muestra los Centros Clandestinos de detención y otros lugares de reclusión ilegal del terrorismo de Estado en Argentina desde 1976 hasta 1983. Responder las siguientes consignas: ¿Conocían los centros clandestinos de detención que hubo a lo largo de la Argentina? ¿Sabían que funcionaron más de 700 centros clandestinos? ¿Por qué creen que en el sur argentino prácticamente no funcionaron Centros Clandestinos? Mapa disponible en: [Sitios de Memoria](#)

“Para analizar la **violencia sexual como parte del terrorismo de Estado** y comprender la **importancia que tiene la Memoria como elemento característico de la Historia Reciente**, visualizaremos el documental “La memoria de los cuerpos” realizado por Canal Encuentro este año y que se estrenó el 24 de marzo. Este video aborda los delitos sexuales cometidos en los centros clandestinos de detención. Testimonios valientes y necesarios de algunas de las mujeres que sobrevivieron, pueden contarlo y lo más importante hoy pueden ser escuchada”-

- Ver el documental de Canal Encuentro [La memoria de los cuerpos - Canal Encuentro](#) (duración 17m52s; lugar ESMA) y responder las siguientes preguntas en la carpeta:

1. ¿Qué situación, frases o momentos te impactaron del video? (para debatir oralmente).
2. ¿Por qué consideras que le pusieron el nombre “La memoria de los cuerpos” a este video?
3. ¿Cuál creen que es la importancia de trabajar el terrorismo de Estado desde una perspectiva o un enfoque de género?
4. ¿Cómo se reconocían en un principio las sobrevivientes en el video? ¿Eran conscientes de que las prácticas realizadas en los Centros Clandestinos eran abusos sexuales o violaciones?
5. ¿Cuál fue la respuesta social-familiar ante la escucha de las experiencias vividas durante el cautiverio

- Leer un fragmento de la introducción del libro [Putas y guerrilleras](#) de Miriam Lewin y Olga Wornat (publicado en el año 2014 y reeditado en el año 2020) y contestar en la carpeta las siguientes preguntas:

1. ¿Por qué creen que la introducción se llama “Mártires y Prostitutas”? ¿Qué mensaje nos da a entender ese título?
2. ¿Conocían esta entrevista? ¿Qué les genera escuchar el testimonio de Lewin en la mesa de Mirtha Legrand, teniendo en cuenta la repercusión que tiene este programa en la Argentina?
3. ¿Encuentran coincidencias entre este testimonio y los del video “La memoria de los cuerpos”?
4. ¿Qué opinión expresaba la sociedad civil ante los testimonios o relatos de sobrevivientes que habían sufrido abuso sexual en los Centros Clandestinos de Detención?

## INTRODUCCIÓN

### Mártires y prostitutas

Miriam Lewin

Era un 24 de marzo, aniversario del golpe, y me habían invitado a *Almorzando con Mirtha Legrand*. Aceptar estar ahí significaba para mí renunciar a ir a la ESMA, ahora a un acto multitudinario, el día de su conversión en espacio para la Memoria. Decidí ir al programa de la ex diva del cine argentino devenida entrevistadora, sobre todo porque iban también Estela de Carlotto, presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo y Mariana Pérez, cuyos padres, desaparecidos, habían militado conmigo. Mariana había buscado incansablemente a su hermano Rodolfo, nacido en la Escuela. Yo había estado presente en el parto. Había visto a ese bebé sobre el pecho de su madre, sabía que había sido arrebatado después, y había declarado en tribunales sobre el tema. La mesa la completaban dos jueces del Juicio a las Juntas y un periodista. Seguramente el programa iba a ser visto desde sus casas por mucha gente que aún no sabía o no reconocía la verdadera dimensión de lo que había pasado en los dominios del grupo de tareas 3. 3. 2. Otros miles de personas se reunirían a la misma hora en Avenida del Libertador, frente al campo de concentración, donde el presidente Néstor Kirchner iba a compartir el escenario con Juan Cabandié, otro recién nacido a quien yo había visto en noviembre de 1977 en un pasillo del campo, en brazos de su mamá, una chica de dieciséis años, después asesinada.

Llegué temprano. Un productor veterano, que conocía sólo de vista, me atajó en la entrada. Me llevó a un costado y, consternado, me advirtió que «la vieja» tenía planeado hacerme algunas preguntas inconvenientes y que quería que yo estuviera prevenida.

—¿Qué preguntas inconvenientes? —indagué, con la seguridad de que no iba a ir más allá de lo que alguna vez me habían preguntado los defensores de los militares en algún proceso al que había ido como testigo. Por lo general, me atribuían, para descalificarme, hechos armados, atentados o secuestros en los que no había participado.

El productor tosó, nervioso.

—No sé, me imagino que algo tendrá que ver con la colaboración, con la delación. Te lo adelanto para que no te sientas incómoda.

—No te preocupes, estoy acostumbrada. Te lo agradezco mucho.

Tenía en claro para qué estaba ahí y las intrigas no me importaban. El día de la recuperación del espacio del campo de concentración para la sociedad civil, yo le iba a hablar a una parte de ella que tal vez nunca había prestado atención al tema. Tal vez sí lo decía sentada a la mesa de Mirtha todos comprenderían. Me vinieron a buscar y me arrearón al estudio.

Detrás de unos paneles me colocaron el micrófono, casi invisible, un

cable que trepaba por debajo de mis ropas hasta el escote y un receptor colgando de la cintura. En pocos minutos estaba en el centro de la escena, rodeada por cristales, jarrones con flores, brocados, caires, alfombras y cortinados. Ya había concluido el rito acostumbrado de la descripción del vestuario, zapatos y joyas de la conductora, y las risitas y aplausos del enjambre de asistentes y empleados que la acompañaba detrás de cámaras.

Era una jornada especial. No hubo almuerzo servido por mucamas de uniforme. Tampoco se distribuyó el regalo acostumbrado para cada invitado, un reloj pulsera. «No es un día para festejar» dijo Mirtha, y todos asintieron, admirando su sensibilidad.

No sé cómo ocurrió. No me acuerdo si ella tenía la pregunta anotada en un papel «ayuda-memoria». Tampoco recuerdo si en ese momento estábamos solas, todo lo solas que se puede estar frente a una audiencia de cientos de miles de personas... Pero después de hacerme una observación sobre lo bien que me quedaba mi nuevo color de pelo, me disparó: «¿Es verdad que vos salías con el Tigre Acosta?» Hubo un silencio sólido, un contener la respiración de todos los que estaban en el estudio.

—¿Cómo que «salía»?

—Bueno... —recló—. Si es verdad que salían a cenar, eso es lo que dice la gente...

Inhalé profundamente, como reuniendo fuerzas. Podría haberme levantado y salido del estudio, podría haberme ofendido. Seguramente, la escena habría sido reproducida decenas de veces en los programas de chismes del espectáculo. «Periodista de Puntodoc le hace un desplante a Mirtha cuando le pregunta si tuvo un amorío (nadie diría “fue abusada sexualmente”, por supuesto) con el jefe del grupo de tareas de la ESMA». Pero no lo hice. Le respondí.

—Es verdad, nosotras mismas lo relatamos en el libro *Ese Infierno* que escribimos sobre lo que vivimos en el campo. Nos sacaban a cenar. No salíamos por nuestros propios medios. No teníamos derecho a negarnos. Éramos prisioneras. Nos venían a buscar los guardias en plena noche y nos llevaban. A una compañera, Cristina Aldini, el Tigre Acosta la llevó a bailar a Mau Mau después del asesinato de su marido. Que a una mujer la lleven a bailar a un lugar de moda los asesinos de su compañero, me pregunto si no es una forma refinada de tortura. A Cristina un oficial de la ESMA le llevó la alianza de su esposo, Alejo Mallea, a su cucheta en Capucha, adonde estaba engrillada, para demostrarle que lo habían asesinado. Le preguntó si ella quería ver el cadáver. Cristina al principio dudó, pero después aceptó porque pensó que de lo contrario, siempre se iba a quedar con la incertidumbre. Cuando lo vio, tenía dos tiros en la cara. Uno era el de gracia, entre ceja y ceja. Lo habían ejecutado.

Mirtha se sintió en falta. Miró detrás de cámaras, como buscando apoyo.

—Bueno, yo tengo que preguntar... —Nadie contestó. —¿O está mal que pregunte? —dijo, al borde del lloriqueo, ensayando un mohín angelical.

Cuando todo terminó, me acompañó a la puerta una productora.

—No sé cómo pedirte disculpas —me dijo, resoplando y sacudiendo la cabeza. Me dio la impresión de que a ella también le había dolido. Era una

mujer de mi edad. Parecía abatida, indignada, avergonzada. Tal vez tenía algún pariente o amigo desaparecido, pensé.

Ese «salías» de Mirtha encerraba un significado concreto. Tenía razón en sorprenderse por la reprobación de su *claque*. Probablemente Mirtha encarnaba el pensamiento de miles de personas, esas que hubieran querido preguntar como ella, así, elípticamente, si me había salvado por acostarme con el jefe del grupo de tareas. Porque alguna explicación tenía que tener que yo hubiera pasado de encapuchada en el campo de concentración a invitada a la mesa de la diva. Y su pregunta implicaba una condena, una sentencia que en ese momento no supe desarticular dando vuelta el argumento, provocándola como ella me provocaba, desde su pretendida ingenuidad informada. Diciendo, por ejemplo, «No, no me acosté con el Tigre Acosta, pero si lo hubiera hecho para salvar mi vida, ¿qué? ¿Quién podría juzgarme? ¿Quiénes pueden asegurar qué es lo que habrían hecho si hubieran estado en mis zapatos?»

Ninguna de nosotras tenía posibilidad de resistirse, estábamos bajo amenaza constante de muerte en un campo de concentración. Estábamos desaparecidas, sin derechos, inermes, arrasada nuestra subjetividad. Su dominio sobre nosotras era absoluto. No podíamos tomar ninguna decisión, eso era absolutamente inimaginable. De ellos dependía que comiéramos, que durmiéramos, que respiráramos. Ellos eran nuestros dueños absolutos. No quedaba resquicio alguno para nuestro libre albedrío. Pero si hubiera existido? Si la mirada lasciva de ellos sobre nuestros cuerpos hubiera sido usada por nosotras como un arma en su contra, un resquicio de fortaleza en nuestra extrema indefensión, ¿hubiera sido correcto condenarnos socialmente?

Como mujeres, la utilización de nuestros cuerpos o el deseo que despertamos en el otro como instrumento de manipulación o de salvación es condenable. No pasa lo mismo con los hombres.

En la película *Desaparecidos* de los Montyellán el

Las mujeres sobrevivientes sufrimos doblemente el estigma.

La hipótesis general era que si estábamos vivas, éramos deladoras y, además, prostitutas. La única posibilidad de que las sobrevivientes hubiéramos conseguido salir de un campo de concentración era a través de la entrega de datos en la tortura y, aún más, por medio de una transacción que se consideraba todavía más infame y que involucraba nuestro cuerpo.

Nos habíamos acostado con los represores. Y no éramos víctimas, sino que había existido una alta cuota de voluntad propia: nos habíamos entregado de buen grado a la lascivia de nuestros captores cuando habíamos podido

elegir no hacerlo. Habíamos traicionado doblemente nuestro mandato como mujeres: el de la sociedad en general y el de la organización en la que militábamos. No se nos veía como víctimas sino como dueñas de un libre albedrío en verdad improbable.

Resulta imposible explicar por qué quienes nos juzgaban sin haber vivido las condiciones que se sufrían en un centro clandestino de detención suponían que las mujeres teníamos el poder de resistirnos a la violencia sexual, a los avances de los represores y podíamos preservar «el altar» de nuestros cuerpos impoluto.

Las mujeres teníamos un tesoro que guardar, una pureza que resguardar, un mandato que obedecer. Nos habían convencido de que así era.

Yo no escapaba a ese mandato. Por eso, lo abrumador del rechazo que me provocaba la conducta de la mujer de mi responsable. Nunca se me ocurrió que podía usar la atracción que provocaba en su captor para conseguir el precioso tesoro del contacto telefónico con su hijita, para aliviar su dolor de madre separada de su cachorra. Tampoco que no había tenido el poder de resistirse a los avances sexuales de su secuestrador, desaparecida y privada de todos sus derechos, en manos de un grupo de ilegales que disponía de su vida y de su cuerpo. Del mismo modo que no había podido preservarse de las laceraciones de la picana. Para mí, para la Petisa, para todos, esa muchacha era la encarnación de lo peor, de lo más repulsivo. Sentíamos más miedo de convertirnos en eso que de inmolarnos. Queríamos ser mártires y no prostitutas.

No me era posible terminar este libro, que ideé con mi amiga y compañera Olga, sin incluir un pasaje de mi propia historia que me atribuló durante años. No podía, no hubiera sido honesto, exponer las experiencias de otras mujeres y callar la mía. Es en realidad parte de una novela autobiográfica que empecé a escribir hace un tiempo, precisamente para clarificar dentro de mi mente lo que había atravesado. Por eso, al final de *Putas y guerrilleras*, relato lo vivido en La Casa de la CIA.